

JOSE MARIA DE AREILZA
CONDE DE MOTRICO

EL LABERINTO HELENICO

Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, n.º 45, 1968

El laberinto helénico

por el Académico de número

Excmo. Sr. D. JOSÉ MARÍA DE AREILZA Y MARTÍNEZ RODAS,
CONDE DE MOTRICO

Teseo, hijo del rey Egeo, héroe de Atenas, fue, según la leyenda, el hombre que desafió al Minotauro en el oscuro e inextricable laberinto. Cuenta el poema épico que para hacerlo, hubo de aventurarse por el recinto, aun a riesgo de perderse en la madeja de pasadizos y vías subterráneas que protegían la vida del monstruo. Cuando el joven príncipe ha dominado a la fiera, logra salir del complicado sótano con la ayuda del hilo de Ariadna, hija de Minos, que le devuelve así el camino de la libertad. Teseo regresa a Atenas y ocupa entonces el Trono de su padre. Tiene tres mil años el relato y aun parece que ofrecen vigencia sus símbolos, que tal es la magia creadora de la antigüedad clásica, perenne en la lozanía de sus mitos, como asentados que están en la misma condición de la naturaleza humana.

He recordado hoy esta antigua fábula porque acaso nada cuadre mejor a la breve exposición que deseo haceros esta noche sobre los problemas de la Grecia actual que denominar "laberinto" al conjunto de los factores que integran la crisis política de aquella nación mediterránea y buscar para adentrarnos en él y recorrerlo sin pérdida, el hilo de Ariadna salvador que nos indique rumbo y camino. Quiero advertir que ningún otro parangón intentaré aquí que empareje la Hélade antigua con la Grecia moderna, recurso literario muy frecuente entre los comentaristas pero que poco o nada tiene que ver con la realidad. Grecia pertenece a ese tipo de países, como Egipto, como Persia o como Túnez, en los que los actuales habitantes del viejo solar no tienen ni en grado ínfimo relación biológica o racial con los súbditos de los faraones, los soldados de Darío o de Jerjes o los navegantes de Cartago, en su tiempo. Hablar de Atenas como cuna de la democracia es lícita referencia histórica pero

remota e incongruente frase para referirse a la Monarquía bávara de Otón I, rey de la Hélade, impuesto y garantizado por Gran Bretaña, Francia y Rusia en 1833, después de la guerra con Turquía y el Protocolo de paz de Londres de 1830. O para relacionarla con la nueva dinastía danesa de los Glücksburg, traída y avalada asimismo por las tres potencias en 1863, al ser depuesto Otón I por la revolución. Gran Bretaña y Francia siguen interviniendo en los destinos dinásticos de Grecia, eliminando al Rey Constantino en 1917, por sospechoso de germanofilia e imponiendo a su hijo Alejandro que reina hasta 1920. Después se suceden vertiginosamente, el retorno de Constantino; la abdicación de éste; la subida al Trono de su hijo Jorge y el destronamiento del mismo en 1923. En 1924 un plebiscito mayoritario trae la República que dura diez años, hasta 1935. En esa fecha, un nuevo plebiscito mayoritario —1.500.000 votos contra 33.000— proclama de nuevo a Jorge II. Y llegamos así a la Segunda Guerra Mundial.

La Alemania de Hitler invade el país en abril de 1941 para salvar de la hecatombe la intentada ofensiva fascista lanzada desde Albania en octubre de 1940, con la supuesta complicidad de unos generales griegos que, como agentes dobles, indujeron al mando italiano a cometer un grave error. Tan grave, que trastornó los planes del dictador alemán, obligándole a acudir en socorro de su colega romano, para lo que hubo de invadir Yugoslavia, en primer término. Este retraso motivado por la doble invasión yugoslava y griega, había de repercutir de forma decisiva en el ataque “nazi” a la Unión Soviética emprendido con varios meses de dilación sobre los planes previstos y haciendo con ello imposible alcanzar Moscú y la línea del Volga antes del gran invierno, con causa importante en la “debacle” germana ante la Unión Soviética.

La invasión nazi se extiende en 1941 a las Islas del Egeo y toma Creta, espectacularmente, desde el aire, en la primera gran operación aerotransportada de la historia militar. La familia real, refugiada allí, huye de la isla con la ayuda de las tropas británicas que la ocupaban. Jorge II marcha al exilio aliado, primero en Egipto, más tarde en Sudáfrica. Mientras tanto, la guerra sigue su curso y empiezan a aparecer las fuerzas clandestinas de la resistencia. Las de la derecha, monárquicas, la EKKA; las del centro, democráticas, la EDES, y las de izquierda, pro-soviéticas y comunistas, la ELAS. Los tres grupos —EKKA, EDES y ELAS— colaboran en la lucha contra el invasor y los colaboracionistas, y el grupo comunista es quizás el más audaz y el más compacto de esos tres comandos de insurrección. En 1944 la guerra empieza a decidirse por el triunfo aliado. Las guerrillas se hacen cada vez más pode-

rosas, y un buen día de octubre de ese año, los ocupantes alemanes reciben orden de retirarse hacia el Norte en su repliegue estratégico general. Papandreu se llama el político liberal del centro que se hace cargo del Poder al liberarse Atenas, al frente de un gobierno de coalición que *incluye* a la izquierda revolucionaria. Jorge II se encuentra con un país destrozado, hambriento, en el que una masa considerable se inclina por una reforma total de las estructuras sociales, de signo revolucionario, apoyándose en la fuerza y en el prestigio de las guerrillas triunfantes de la ELAS, inspiradas y protegidas por Moscú. Considera el monarca que el clima no es propicio para restablecer personalmente la Monarquía en aquel momento y opta por nombrar un regente, el arzobispo Damaskinos, hasta que el país pueda decidir en un nuevo plebiscito si acepta o no, definitivamente, la institución.

Pero, mientras tanto, en ese mismo mes de octubre, en los días que preceden a la liberación de Atenas, Churchill se entrevista con Stalin en Moscú. Se preparaban ya los acuerdos de reparto de la Europa Oriental que habían de culminar en las entregas de Yalta y en los subsiguientes acontecimientos que culminaron años después en el establecimiento del “telón de acero”. El jefe conservador británico relata en sus “Memorias” el diálogo con el dictador soviético a propósito de los porcentajes de influencia que habían de gozar, anglosajones y rusos en los diversos países que se disponían a ocupar. Bulgaria y Rumania se “adjudicaron” —valga la palabra— a Rusia, mayoritariamente. Yugoslavia y Hungría, al 50 por 100. Grecia quedó en el área de influencia británica con un 90 por 100, siendo el 10 por 100 restante de influencia rusa.

El episodio parece inverosímil, pero los hechos inmediatos lo confirmaron. El general en jefe de la ocupación británica, Scobie, exigió inmediatamente la disolución de la ELAS o milicia revolucionaria de resistencia. En diciembre, la tensión llegó a un grado tal que la lucha armada en Atenas se generalizó. Duró más de un mes, la insurrección popular antibritánica y el propio Churchill acudió a Atenas para tratar de conseguir una tregua con los sublevados. Se hizo un convenio provisional, y al amparo del armisticio obtuvo o impuso la Gran Bretaña un plebiscito, favorable al monarca Jorge II, con lo que la Monarquía se restauró. La guerra civil, latente, se alumbró a poco de nuevo con enorme violencia. Entraban en su génesis varios factores coincidentes de diverso origen. En primer lugar, la resistencia armada contra el invasor alemán que fortificó el sentido revolucionario. En segundo término, la tremenda pobreza del país dominado por una clase dirigente de alta burguesía, mercantil, reducida y muy rica, de signo cosmopolita. En

otro aspecto, el choque de las influencias británica y soviética en aquella zona neurálgica del Mediterráneo. Y la confluencia del ejército británico, extranjero, con el Ejército griego recién formado, al servicio ambos, de un innegable interés clasista, reaccionario y conservador. La guerra civil griega que dura cinco años es un monumento de barbarie y crueldad levantado por ambos bandos con centenares de miles de víctimas y la honda ruptura de la convivencia civil. En 1947, Gran Bretaña se retira de la lucha por imposibilidad material de sostenerla, y los Estados Unidos toman el relevo. Es el presidente Truman el que formula su famosa doctrina ante las Cámaras norteamericanas: “Reaccionaremos militarmente contra cualquier alteración del *statu-quo* actual de las fronteras entre Este y Oeste”, vino a decir. Grecia pasó a girar desde entonces en la órbita norteamericana. La VI Flota, los marines, la ayuda militar, las misiones de entrenamiento y la ayuda económica, formaron parte del plan de colaboración establecido por Washington, gracias al cual —y el hecho importante de la defección de la fronteriza Yugoslavia, de Tito, de la constelación staliniana— pudo yugularse definitivamente la querella fraticida.

El espectro de la guerra civil pesa desde entonces, a pesar de los veinte años transcurridos, como una obsesión permanente sobre la política de Atenas. La dictadura del mariscal Papagos fue la primera fórmula de las fuerzas derechistas vencedoras, al terminarse la contienda. Su ministro de Obras Públicas, Karamanlis, trata de continuar la tarea a la muerte del dictador y gobierna con cierto sistema parlamentario y un prudente juego de oposición a la que permite sólo un reducido margen de movimientos. El partido de Karamanlis domina el Parlamento hasta 1963, en que los grupos del centro liberal obtienen mayoría en la Cámara. Karamanlis dimite y Papandreu recoge su herencia pero con el compromiso de no admitir apoyo de los grupos izquierdistas de la EDA, lo cual da lugar a varios incidentes parlamentarios y gobiernos sucesivos. La EDA, o Unión Democrática de Izquierdas, había recogido en sus filas grandes sectores procedentes del bando vencido, en la guerra civil. Aunque la EDA sólo tenía veintitantos diputados sobre 300, su presencia en el Parlamento denotaba una vigorización indudable de la oposición extrema que seguía teniendo indiscutible eco y capacidad de convocatoria entre las masas pobres del país, cuya economía, a pesar de diecisiete años de ayuda americana seguía siendo endeble en cuanto a estructura social se refiere y a la renta por habitante, una de las más bajas de la Europa Occidental.

El hecho indudable es que el descenso en el mundo de la guerra fría

produce en la Grecia de 1964 una liquidación del mandato de la derecha vencedora en la guerra civil. La Unión del Centro Liberal de Papandreu obtiene en ese año la mayoría absoluta de la Cámara —170 diputados— frente a 107 del grupo Karamanlis. El gobierno se enfrenta con graves problemas exteriores con Turquía y Chipre. Ello crea dificultades al viejo Papandreu ya no seguro de sí mismo, incapaz de comprender los nuevos planteamientos políticos de su país, y produce asimismo disensiones en el seno de su propio partido.

Entretanto fallece el rey Pablo y asciende al Trono, Constantino, joven príncipe, acaso no muy experto todavía, a sus veinticuatro años, para enfrentarse con la compleja situación. El ejército, en cuyo seno los grupos de oficiales “ultras” habían tejido una notable organización celular, decide lanzarse a una presión castrense y política para cerrar el paso al gobierno del centro y volver a posiciones derechistas políticamente intransigentes. El montaje del gran “affaire” de la “Aspida” les sirve de pretexto para la ofensiva. Según el “dossier” del asunto cerca de 300 oficiales se hallan adscritos a una organización secreta, republicana y neutralista que trata de minar la Monarquía. Constantino acepta la tesis de los oficiales “ultras” y autoriza la investigación. Los dos Papandreu, el padre, primer ministro, y el hijo, economista formado en Norteamérica, aparecen claramente perfilados como responsables del asunto. Constantino se mantiene firme y Papandreu dimite. Es un primer paso que destroza al partido del Centro, que se divide en elementos afectos al rey y en devotos de su antiguo jefe. La agitación creada en torno a este asunto llega a la calle y moviliza grandes masas hostiles en Atenas y Salónica. El fantasma de la guerra civil vuelve a actualizarse.

La acusación contra la Aspida, base de la intervención de los oficiales, estaba montada sobre el testimonio y denuncia de dos testigos conocidos, un abogado y un publicista de Atenas. Ambos se fugan de Grecia y llegan a Estados Unidos, donde publican un sensacional reportaje confesando la entera falsedad del asunto y los motivos y amenazas que intervinieron en su gestación. Esta noticia, al llegar filtrada a Grecia, causa auténtica conmoción especialmente en el sector castrense.

Constantino lucha para buscar una salida constitucional al embrollo, nombrando sucesivamente cuatro jefes de Gobierno de distintos sectores —Novas, Tsirimokos, Stephanopoulos y Canellopoulos— en su empeño de salvar la fachada legal. Al último, Canellopoulos, hombre de extrema derecha del grupo Karamanlis, le encarga el 3 de abril convocar las elecciones para mayo de 1967. Los pronósticos coinciden en que la

opinión pública se inclinaría una vez más por la Unión del Centro y grupos afines y que la derecha sería derrotada. Nadie pensó en una posible victoria de la EDA o extrema izquierda. Eran elecciones entre un sector centro liberal de izquierda y la derecha histórica de Papagos, vencedora de la guerra civil.

No hubo elecciones. El 21 de abril, de madrugada, un golpe de Estado las evitó. Un grupo de coroneles, hasta entonces desconocidos, puso en marcha el dispositivo técnico del plan que en el Estado Mayor de la NATO se hallaba previsto para los casos de subversión armada dentro de un país miembro, en hipótesis de guerra. La ejecución fue silenciosa, impecable y fulgurante. Cerca de tres mil sospechosos fueron arrestados y encarcelados. Los planes se cumplieron tan bien que algunos de los detenidos eran absolutamente ajenos a la actividad política presente, si bien sus nombres se hallaban en el fichero secreto del "Plan Prometeo", por haber sido éste elaborado bastantes años antes. También había nombres de personas fallecidas, a cuyos familiares se detuvo, por precaución, al no encontrarse a los fenecidos destinatarios.

Cayeron en la redada no sólo dirigentes políticos y sindicales de la izquierda y de la EDA, sino asimismo diputados, ministros, periodistas del centro, de la derecha y de la íntima "clique" de Karamanlis, que hubo de exilarse. El proceso de Papandreu, hijo, y de la "Aspida" fue montado como pieza de convicción máxima. Por supuesto, los coroneles venían a salvar al país del comunismo, de la corrupción, de la demagogia y del ateísmo porque un elemento de moralismo pueril y desorbitado se había infiltrado también como ingrediente propagandístico en la operación.

¿Quiénes eran estos coroneles que habían preparado tan sigilosamente su "putsch" nasserista? Entre los elementos que se dedican a los servicios de información corre un dicho irónico que señala a dos países como imposibles de abrigar en su seno un buen servicio secreto: el Japón y Grecia. El Japón porque todo el mundo es hermético y la comunicación resulta imposible. En Grecia porque todo el mundo es indiscreto y guardar un secreto es una hipótesis inverosímil. De los tres jefes visibles del golpe de mano castrense, Papadopoulos es un especialista en servicios secretos. Hombre de extracción modesta, de la clase popular, hizo sus primeras armas en la resistencia y fue luego adiestrado por la CIA americana, cuando ya Estados Unidos había tomado bajo su protección el Reino de los helenos. Papadopoulos —"Nasseriki", como le llaman sus amigos— organizó más tarde los propios servicios secretos del Ejército hasta que pasó a regir la Escuela Superior de las Fuerzas

Armadas. Ambos instrumentos, la información y la enseñanza, le dieron un dominio extraordinario de los cuadros de oficiales, permitiéndole manejarlos con discreción y eficacia en un país inclinado hacia la verborrea y la delicuescencia oratoria, frutos inevitables del ribazo mediterráneo.

¿Cuál era el verdadero alcance del golpe militar del 21 de abril? Los comentaristas y observadores se dividieron al juzgar el acontecimiento. Pensaron algunos que se trataba de una maniobra de Palacio que imposibilitado de hallar salida constitucional al sistema había estimulado secretamente al Ejército para que interviniera, suspendiendo la Constitución y torpedeando la consulta electoral. Otros opinaban, en cambio, que el “putsch” de los coroneles estaba hecho de espaldas al rey y para ganar por la mano a todos, incluso a los viejos generales de la generación de Papagos, más afectos al monarca que la joven generación de oficiales “plebeyos”. Dicho sea de paso, el plebeyismo griego tiene un sentido muy especial por no existir, como es sabido, en el país una clase nobiliaria, ni una mínima aristocracia terrateniente. Plebeyo quiere decir aquí económicamente débil. El grupo que dirigió el movimiento de abril se llama a sí mismo “Junta Revolucionaria”. Lo componen un centenar de jefes y oficiales en activo, cuya lista exacta constituye uno de los secretos mejor guardados del régimen. La ideología —si así puede llamarse— de los coroneles es un zurcido de fascismo, nasserismo, nacionalismo y algo de religiosidad regimentada. El “nasserismo”, última metástasis de los fascismos europeos, apoyado en la supremacía física de las armas de los pretorianos, tuvo sus años de vigencia en ciertos países subdesarrollados del área africana y mediterránea en los que la ausencia de una sociedad integrada y responsable hace difícil el funcionamiento del Estado de derecho y de la conveniencia democrática de los grupos sociales. La reciente guerra de los seis días de Israel y la aplastante derrota de Egipto ha puesto al desnudo la absoluta falacia del sistema nasserista, incapaz incluso de producir un ejército eficiente a pesar de la ayuda masiva de la Unión Soviética desde la fecha de la otra histórica derrota.

¿Qué buscaban, pues, los coroneles? La eliminación del sistema democrático. La supresión de la oposición. La desaparición de las libertades públicas, de prensa, palabra y reunión. El control de la economía. El montaje del aparato represivo y policíaco. Y un cierto programa entre demagógico y patriótico, llevado a cabo por el gobierno militar y los supervisores castrenses que vigilaban ministerios y dependencias oficiales, periódicos, radios y empresas de todo género. El “heleno-cristianismo” (que así se autodenominó) fue más conocido por sus aspectos

negativos, arrestos, deportaciones, prohibiciones, que por sus afirmaciones positivas.

Pronto se vio que los coroneles no pensaban hacer una limpieza temporal sino establecer, por el contrario, las bases para una ocupación permanente del poder. Las limitaciones a la Institución real empezaron a hacerse efectivas a las primeras horas del golpe de mano. Para el rey Constantino, los dos pilares fundamentales de su trono se le cuarteaban. De un lado, la Constitución de 1952 estaba conculcada. De otra parte, el ejército, hasta entonces aparentemente unido en la fidelidad a la Corona, se dividía y los coroneles y oficiales tomaban parte en un "putsch" sin notificárselo al monarca, al que colocaban ante el hecho consumado. Constantino debió pensar que, como el aprendiz de brujo, había desencadenado con sus maniobras de la "Aspida" y su despido de Papandreu en 1965, los vientos impetuosos que ahora se convertían en amenazadora tempestad. El poder castrense una vez desatado no es fácil de contener, ni de reducir y menos en país como Grecia, donde los frenos sociales no se hallan ni articulados ni capacitados para ello.

La Junta empieza eliminando del poder a los más fieles consejeros y ministros del monarca. Se calla éste por prudencia y ataca entonces el triunvirato, a los oficiales del ejército sospechosos de lealtad monárquica. Más de 250 son eliminados en una especie de nuevo proceso de la "Aspida", pero esta vez de signo antimonárquico. Pretende el rey que los coroneles renuncien a sus cargos militares y obtiene que dos amigos suyos, Kollias y el general Spandidakis entren en el Gobierno. Pero el equívoco persiste. Los coroneles van sustituyendo con implacable método, los mandos subalternos de excesiva fidelidad a Constantino. Donde esto no puede lograrse se coloca un hombre clave de la Junta, especie de "comisario" político-militar que tiene a su cargo la vigilancia del dudoso, sea éste general, jefe u oficial. El rey trata de ganar tiempo y de cultivar al resto del ejército, al que supone fiel a su persona. Visita las guarniciones de provincias y habla a los jefes y oficiales recomendando la unidad. Los coroneles vigilan los movimientos del monarca y no se engañan sobre sus intenciones. El viaje de Constantino a Estados Unidos es la última fase de este capítulo preparatorio del acto final del 14 de diciembre.

Visita el rey Norteamérica y se entrevista en la Casa Blanca con el Presidente Johnson. Fuerza es pensar que el Presidente no ocultara al rey su desagrado por la aparente complicidad con que había amparado la desaparición de la fachada constitucional en Grecia y el aire dictatorial y fascista que el nuevo régimen adoptaba con la consiguiente in-

comodidad de los otros aliados de la NATO y hasta de los miembros del Mercado Común con los que Grecia se halla asociada. Qué promesas o qué ofrecimientos se hicieron en aquella conversación es cosa conjeturable, pero sí se observó en el monarca una gran satisfacción y desenvoltura al salir de la visita. Tenía lugar al siguiente día, como es uso en Washington en ocasión de la visita de dignatarios foráneos, una reunión, con almuerzo ofrecido por un grupo de senadores pertenecientes a los dos partidos, y miembros del poderoso Comité de Relaciones Exteriores. Llegó la hora del coloquio y un senador bien conocido preguntó al rey: “¿Qué va a hacer su Gobierno sobre tal asunto?” Sin darle tiempo a terminar la cuestión replicó firme el monarca: “Pero si no es *mi* Gobierno”.

La indiscreción voló hacia Atenas, portadora de ese diálogo. Aunque la censura impidió la divulgación oficial, pronto llegó al público. Cuando Constantino regresó, el pueblo de Atenas le dio una bienvenida más calurosa que de costumbre. Todos pensaron dentro y fuera, que una manifestación así sólo era concebible si el contragolpe del rey era una certidumbre y estaba apoyado por los más altos poderes del mundo libre. En realidad Constantino vacilaba y no tenía nada pensado de un modo definitivo. El fantasma de la guerra civil embargaba su ánimo. El procurar en última instancia una mayor unidad del ejército en torno a su persona, seguía obsesionándole. Realmente el ejército había sido el apoyo vivo de la Institución monárquica, de relativamente escasas raíces en Grecia y de corta e impuesta tradición, según vimos.

El forcejeo entre el rey y los coroneles toma a partir de octubre, después del viaje americano, un aire dramático de lucha contra el tiempo. Los coroneles someten al rey más destituciones y purgas de oficiales, jefes y generales, monarquizantes. El rey se resiste y transige en parte solamente. Obtiene aparentemente en el gabinete mayor poder para el general Spandidakis, su amigo, pero ese aumento de fuerza no se traduce en nada práctico. Visita al Tercer Cuerpo de Ejército en Salónica y su jefe el general Peridis le ofrece su lealtad y la de sus hombres. El Tercer Cuerpo de Ejército es el más importante y se halla desplegado a lo largo de la frontera turca. Entre sus unidades figura la única división acorazada del ejército griego equipada con material americano moderno y mandada por el general Andreas Hoershelman. Hoershelman ofrece asimismo al rey y a Peridis su decidido apoyo.

El rey parece convencido de su poder. Empieza entonces a maniobrar con los políticos. Pero temeroso siempre de la izquierda, para no enajenarse al alto ejército, que trata de ganar a su causa, se limita a meter

en su juego a Garufalias, un rico industrial cervecero más cortesano que político, y a Karamanlis, el antiguo jefe derechista, que en su destierro de París hace al "Monde" unas declaraciones a primeros de noviembre que eran como un programa mínimo de acción destinado a reemplazar la dictadura de los coroneles. Los otros sectores, centro izquierda, eran deliberadamente olvidados. Es decir, los que podían ofrecer un apoyo popular de masas al movimiento anti-putsch.

La crisis de Chipre estalla a poco y dilata el entero problema. No es cierto como se ha escrito que fue la tensión chipriota y su solución favorable a Turquía lo que precipitó el contragolpe real. Más bien parece exacta la afirmación contraria. El despliegue militar consecuencia del incidente obligó al rey a retrasar sus planes y a prescindir, entre otras cosas, de la Marina, que se hallaba en alta mar, y de la aviación, también desplegada a vanguardia. Ambas fuerzas entraban en sus proyectos como siendo las menos afectadas por las purgas de los coroneles en los últimos meses.

Hay quien se pregunta cómo pudo Constantino lanzarse a una aventura así, sin preparación, sin seguridad y con un aire de improvisación lamentable. La verdad es que el 15 de diciembre era la fecha en que los coroneles propendrían al rey el proyecto de la nueva Constitución. En ella los poderes del monarca quedaban prácticamente anulados y ni siquiera la facultad de nombrar primer ministro se la respetaban. Constantino tenía ahora prisa. Papadopoulos, viejo zorro de los servicios secretos, conocía, según se supo después, al menor detalle los planes del monarca y los nombres de los comprometidos. No tuvo que hacer sino apretar el botón decisivo para hacerlo saltar.

El día 12 de diciembre visitó al rey para proponerle que destituyera a Kollias y le nombrara a él primer ministro. Era el desafío final. El monarca prometió contestarle al día siguiente, martes y 13, día fasto según Constantino, muy dado a la astrología, al parecer.

La ejecución del contragolpe regio fue un dislate desde el punto de vista de la técnica de estos episodios. Fue el propio rey el que avisó por carta al jefe del Alto Estado Mayor que asumía a partir de aquel momento el mando directo del ejército, momentos antes de salir con la familia, el ministro Kollias y algún íntimo más, para el Norte. Con ello perdía un tiempo precioso ganado por el adversario. Aterrizó en Kavalla y fue bien recibido por la guarnición local y el pueblo. No había en la pequeña ciudad estación de radio y hubo de grabar un mensaje para ser retransmitido por la estación de Larissa, importante base aérea situada más al Norte. Nadie, prácticamente, escu-

chó el regio llamamiento en las ciudades grandes del país. “Griegos —decía la arenga—: ha llegado el momento de que escuchéis la voz de vuestro rey. En el día de hoy quiero poner fin a una era de anomalías y de violencias. Pido al pueblo griego que me asista en restablecer la vigencia de los valores morales que nacieron en este suelo.”

La Junta, que no sólo conocía sino que, como digo, probablemente había precipitado el suceso, tomó unilateralmente Atenas, que se vio sorprendida por los tanques y carros blindados irrumpiendo en sus calles contra un enemigo invisible. Después cursó órdenes al Norte para que yugulara la intentona.

Constantino esperaba que Peridis y su Tercer Ejército levantara Salónica. Peridis, a su vez, esperaba que Hoershelman le mandara la División Acorazada desde la frontera. Pero las numerosas piezas clave de la oficialidad —los comisarios— que los coroneles habían colocado cuidadosamente, frustraron el designio de los generales uno tras otro. Hoershelman, indeciso, no se atrevió a mover la División. A media tarde, Constantino se dirigió en avión al aeropuerto militar de Salónica. La torre de control le advirtió que si intentaba aterrizar se haría fuego contra el avión. Salónica estaba perdida. Regresó a Kavalla y allí le esperaba la última y definitiva sorpresa. Una columna de tanques procedente precisamente del Tercer Ejército, al mando de un comandante, Petanis, fanático juntero, había llegado al cuartel general de la insurrección, haciendo prisioneros a los tres generales monárquicos con la colaboración de varios capitanes de su columna. La disyuntiva era volver a Atenas prisionero de su propio ejército o exilarse. El rey había dicho poco antes a sus íntimos: “Todo, todo, antes de sumir al país en una nueva guerra civil.” Constantino, con los suyos, salió de madrugada en avión para Roma. El golpe de estado regio había terminado.

No habían terminado, sin embargo, sus consecuencias. Los coroneles victoriosos se encontraron de pronto solos con su triunfo. ¿Qué hacer? ¿Proclamar la República? Pero República es allí sinónimo de democracia parlamentaria y los coroneles quieren lo contrario. Las potencias occidentales fruncen el ceño ante el resultado que traerá más fricciones y dificultades al cotarro de la OTAN y de la CEE. ¿Por qué no seguir manteniendo el equívoco para que el escaparate exterior sea pasajeramente aceptable? Las negociaciones entre Atenas y Roma comienzan y se desarrollan todavía, en un clima de cotidiano equívoco. Las condiciones del rey son éstas: restablecimiento del Estado de derecho; aprobación democrática de la constitución; gobierno de opinión; amnistía. Los coroneles contestan aceptando. Pero la amnistía alcanza

solamente a 300 de los 3.000 detenidos. La Constitución propuesta es autoritaria y limita los poderes del rey sin garantizar las libertades públicas, el plebiscito fijado para mayo o septiembre se llevaría a cabo por el gobierno actual, con propaganda unilateral y con los coroneles Papadopoulos, Pattakos y Mazarekos vestidos ahora de civil pero controlándolo todo y siendo a su vez manejados por el consejo secreto de la revolución.

¿Los buenos oficios norteamericanos permitirán encontrar un camino de entendimiento? Es difícil predecirlo. La situación geográfica de Grecia, fronteriza de las repúblicas populares, confiere especial delicadeza a la situación, aun teniendo en cuenta el deshielo de la guerra fría. Por otra parte, los coroneles, por su propia contextura ideológica de extrema derecha no pueden materialmente jugar al “nasserismo exterior”, con neutralismos o posiciones equívocas. Su fanatismo está cimentado en el anticomunismo militante. Esa es su razón de ser y la motivación de los actos que hemos venido relatando.

La monarquía ha salido moralmente remozada del episodio. Aunque tarde, el joven rey ha intentado rectificar sus errores iniciales y salvar la Institución para el día de mañana, si en el de hoy ha de permanecer alejado de su país.

La opinión pública griega se encuentra perpleja. El “establishment” del dinero poderoso y reducido en número, es temeroso pero comprende la necesidad de una fórmula más estable que la de la aventura militar siempre expuesta a lanzarse a la demagogia interior para buscar apoyos.

La izquierda, perseguida y acorralada busca refugio en los “frentes patrióticos” clandestinos, en los que como ocurre en estos casos, los agentes comunistas llevan, como más disciplinados, la mejor parte. El analfabetismo y las ínfimas condiciones de vida del campesino y del proletario urbano sirven de excelente caldo de cultivo a las doctrinas extremas. No hay que olvidar que la guerra civil tuvo probablemente la mayoría de la población del lado de los vencidos.

En cualquier caso el régimen que venga tendrá que modificar sensiblemente los mecanismos de la Constitución de 1952 desbordada por las tensiones políticas, sociales y económicas de la Grecia de hoy. Una Grecia que sueña con parecerse a Europa y que no quiere vivir exclusivamente sirviendo de escenario para turistas, que representan como ingreso el doble del valor de la producción industrial total.

Creo que fue Bismarck el que dijo que la política era como la esfinge que devoraba a los que no saben adivinar sus secretos. Y entre todos ellos, la usurpación es un enigma que se adivina siempre demasiado tarde.